

El célebre dominico le recibió.

Su presencia hizo desde luego comprender á Colon cuán inútiles serian sus esfuerzos.

Era fray Tomás de Torquemada de elevada estatura, de rostro pálido y desencajado por los rigores de la penitencia y oracion.

Surcaban su sombría frente prematuras arrugas, y sus ojos grises y pequeños, su boca delgada y contraída, su cabello cano, contribuian á darle un aspecto siniestro.

El inquisidor general cumplió lo que habia prometido á la reina.

—He jurado el exterminio de los herejes, dijo á Colon; Isaac y todos los judíos que se hallen en su caso, morirán en la hoguera.

La sentencia fué cumplida, y Colon tuvo aquel profundo pesar en el período de su vida más risueño y brillante.

Cuando llegó á la Rábida, supo por fray Juan Perez de Marchena que se habian dado las órdenes para hacer los preparativos de su expedicion, y supo más aún: los reyes habian nombrado paje de su hijo don Juan á Diego, el hijo mayor de Colon, demostrándole de este modo que, mientras él marchaba á conquistar nuevas tierras á la corona de Castilla, querian ellos reemplazarle cerca de su hijo.

Hemos llegado á un período de la historia de Colon, en el cual debe absorber por completo nuestra atencion todo cuanto se refiera á la arriesgada empresa que iba á acometer.

El convento de la Rábida, el inmediato puerto de Palos, se convirtieron en mansion de alegría y esperanza á la llegada del ilustre marino.

Vamos á ver cuáles fueron los preparativos que se hicieron, y á conocer algunos de los personajes que debian acompañar al inmortal Colon á la conquista del Nuevo Mundo.

CAPITULO XLI.

Nuevas complicaciones.



OLON, que habia triunfado de todos los obstáculos que habia encontrado en su camino, llegó al convento de la Rábida con la esperanza pintada en el rostro y la bondad en el corazon.

No habia ya en el puerto de Palos y en las poblaciones más próximas, sobre todo entre las personas acomodadas y del gremio de navegantes, quien no conociese al ilustre marino genovés, quien no admirase su proyecto, y todos se interesaban en el feliz resultado de las negociaciones que tenia entabladas en la corte de España.

Su llegada fué saludada por los amigos que fray Juan Perez de Marchena le habia adquirido con entusiasmo, y de todas partes llegaron á visitarle y á felicitarle cuantos supieron que al fin y al cabo habia celebrado un contrato con los soberanos de Castilla y Aragon.

Grandes eran las simpatías que entre todas aquellas gentes gozaba Cristóbal Colon, y este prestigio lo debia á la noble, á la buena, á la desinteresada amistad que le profesaba el prior de la Rabida, el cual habia empleado todo su ascendiente, para con las personas que iban á verle á menudo al monasterio, en favor del ilustre marino.

A su llegada le hospedó en el convento, porque aun cuando ya estaban dadas las órdenes por los reyes para que faci-

litasen á Colon las embarcaciones y las gentes de mar que necesitaba, aun debia pasar algun tiempo ántes de que pudiera darse á la vela, y quiso que aquellos dias trascurriesen para el marino en su afectuosa compañía.

Diego, que ya era un mozo capaz de comprender el génio de su padre, mirábale con respeto y cariño, y estas muestras de su afecto y de su admiracion eran para el pobre padre bálsamo dulcísimo que caia en su alma, como eficaz remedio para curar las heridas que los disgustos del mundo habian causado en él.

Desde el dia de la llegada de Colon al monasterio, fueron asíduas las visitas que le hicieron el médico Fernandez, Martin Alonso Pinzon y sus dos hermanos, Francisco y Vicente.

Martin Alonso estaba unido con Colon, no solo por los lazos de la amistad, sino por los del interes.

Era uno de los que habian comprendido desde luego la importancia de los proyectos del marino genovés, uno de los que más fe habian dado á sus palabras, de los que con más entusiasmo habian elogiado su talento, y audaz como Colon, conocedor de los mares, y con el alma bastante para desafiar el fantasma de lo conocido, habia sido uno de los que más le habian animado, y como el lector recordará hasta le habia ofrecido recursos pecuniarios para que pudiera tomar una parte en la empresa.

En aquellos tiempos, como en todos, la amistad y el negocio eran cosas distintas.

Grande era, en efecto, el entusiasmo de Alonso Martin Pinzon, pero natural tambien que proponiéndose, como se proponia, facilitar á Colon los medios de adquirir una nave que unir á las dos que por órden de los reyes debian ponerse á su disposicion, desease tomar parte en los beneficios de la expedicion.

En las primeras entrevistas quedaron de acuerdo, y no po-

dia ser ménos, porque los Pinzones eran una familia generosa y espléndida, y la pequeña tertulia de Juan Perez de Marchena y de Colon, despues de ponerse de acuerdo en todo creyó que no habria dificultades que vencer.

Aún quedaban á Colon nuevos obstáculos que destruir.

El dia 23 de Mayo se presentó Colon en la iglesia de San Jorge de Palos, acompañado de sus buenos amigos, y en el templo, despues de terminada la ceremonia religiosa, se dió lectura solemne, por el escribano público, en presencia de los alcaldes, regidores y muchos habitantes del puerto y de las poblaciones inmediatas, la real órden por la cual los Reyes Católicos mandaban poner á disposicion de Colon dos carabelas.

Estas dos carabelas debia facilitarlas el puerto de Palos, el cual, por ciertos excesos que habian cometido las gentes de mar matriculadas en él, se hallaba castigado á sostener por el espacio de un año dos carabelas para el servicio público.

Pero todavía no habia llegado el momento de emplearlas, y cómo no era del agrado de nadie contribuir á aquellos gastos, es inconcebible el triste efecto que produjo entre los habitantes de Palos la disposicion de los reyes.

En aquella ocasion, y con aquel motivo, estaban seguros de que lo que se les exigia no era que pusiesen al servicio del Estado dos buques, sino que se les mandaba que los costearan para echarlos á pique, porque estaban convencidos de que bajeles y tripulacion perecerian en empresa tan fabulosa.

Hasta los más audaces marinos temblaban ante la perspectiva del quimérico viaje que se proyectaba á través de los desiertos del Océano.

Todas las fábulas, todas las supersticiones que habian inspirado á la ignorancia los países desconocidos que se proponia

descubrir Colon tomaron de nuevo cuerpo en su imaginacion, y llegó á apoderarse de los habitantes de Palos un pánico terrible.

Aquella era la primera tormenta, y Colon necesitaba conjurarla.

De nada le servia tener al lado suyo á los Pinzones y contar con ellos para la expedicion.

Si los dueños de los bajeles se negaban á darlos, si los que debian preparar para aquella expedicion las carabelas permanecian inactivos y aguardaban á que el tiempo y la reflexion hiciesen desistir á los reyes de tan peligroso viaje, ¿de qué le servia contar con el favor de los reyes, si tenia que luchar con la indiferencia de sus más necesarios auxiliadores, si no sabia hasta qué punto podria encontrar marinos bastante atrevidos que le acompañaran en su expedicion?

Colon tuvo en aquella ocasion á su lado la elocuente y venerada palabra del prior de la Rábida y el apoyo eficaz de los Pinzones, que gozaban de gran prestigio entre sus convecinos.

• Pero esto no era bastante.

Para vencer la obstinacion de los que se negaban á cumplir las órdenes de los reyes, no tuvo más remedio Colon que acudir nuevamente á ellos.

Los soberanos dieron entónces órdenes más terminantes.

Mandaron que los magistrados de la costa de Ardalucía tomasen para la expedicion proyectada los buques que creyesen necesarios, aunque pertenecieran á vasallos españoles, y que obligasen á los patrones y tripulacion de los mismos á darse á la vela bajo el mando de Colon, y con el rumbo que éste les designase.

Un oficial de la casa real, don Juan de Peñalosa, salió por mandato de los reyes á hacer obedecer esta orden.

Conviene, para tener una idea de la situacion en que se

hallaban los derechos políticos de los ciudadanos, indicar que á este emisario se le señalaron doscientos maravedises diarios de sueldo durante el tiempo que emplease en hacer obedecer las órdenes de los reyes.

Pero esta suma debia exigirse á los desobedientes, á los morosos en cumplirla, y por si no bastaba esto todavía, se anunciaban castigos corporales á los que no acatasen las órdenes dadas por los monarcas.

Apoyándose Colon en esta actitud de los soberanos, activó los preparativos de su empresa.

Pero sin resultado alguno.

Era tal la confusion que reinaba en Palos y en la próxima ciudad de Moguer, tantos los altercados y disturbios que entre aquellos vecinos produjeron las exigencias de los reyes, que las negociaciones no adelantaban un solo paso.

Así las cosas, Martin Alonso Pinzon tomó á su cargo, con la vehemencia más natural de su carácter, la mision de luchar contra las dificultades, y ardió en vivos deseos de vencerlas.

Desde luego contó con sus hermanos Francisco y Vicente.

Tres pilotos más, llamados Sancho Ruiz, Bartolomé Roldan y Pedro Alonso Niño, se comprometieron á acompañarle.

Algunos marineros, sobre los que tenia gran ascendiente el mayor de los Pinzones, se prestaron voluntariamente á formar parte de la tripulacion.

Al paso que por buenas se allegaba Colon estos auxilios, por malas, es decir, por la fuerza, se obligaba á otros muchos á que siguiesen á su nuevo almirante.

La situacion fué tan crítica para todos, que amenazaba un próximo conflicto.

Era natural que para resistir á la fuerza empleasen la astucia los que no querian obedecer.

Los más activos y audaces rebeldes tramaron una conspiración.

La obra de Colon debía ser laboriosa, muy laboriosa.

Después de haber vencido la voluntad de los reyes, tenía que luchar con la de los vasallos.

Veamos quiénes fueron los instigadores de la conspiración y qué medios emplearon para contrarestar las órdenes de los reyes.

CAPITULO XLII.

Tres tahures.



ALGUNOS días antes de la llegada de Colon à Palos había dejado una carabela en aquel puerto á tres hombres.

Uno de ellos había nacido en Sevilla, llamábase Castillo, y había ejercido en aquella ciudad el oficio de platero. Llamábanse los otros dos Guillermo Ires el uno, y Tallarte de Lages el otro.

Estos dos eran extranjeros, y casi de un mismo país, puesto que el primero había nacido en Irlanda y el segundo en la Gran Bretaña.

Los tres se hallaban estrechamente unidos por los lazos del vicio.

Una breve reseña de sus antecedentes nos los dará á conocer.

Castillo era un hombre de treinta y seis á treinta y ocho años; y su fisonomía revelaba la viveza de su carácter, y los grandes estudios que había hecho en el arte de vivir.

Su viveza era más intelectual que corporal, puesto que se entregaba con mucho gusto á la pereza, y esto había sido causa de que desde los primeros años de su vida hubiera sufrido fuertes reprimendas y sendas tollinas de sus padres.

Pero no era su madera de la que se ablanda con la fuerza. Al contrario; cada día adquiría mayores resabios, y desde muy jóven se entregó á toda clase de excesos.